III.

Cuando Don Pelipe esquivando prudentemente la acometida del médico, tomó las de Villadiego, fué á refugiarse en la sala, pieza contigua al despacho, esperando allí que el mal humor de Don Pablo hiciera la del humo.

La sala, como todas las piezas de la casa, era espaciosa y rica. Don Felipe, hacendado ricachón y hombre que se perecía por la comodidad y el lujo magestuoso, señorial, tenía puesta la mayor parte de su orgullo, que no era pequeño, en que su casa fuera la mejor de las que en Villera pasaban por ricas. Y en verdad que se había salido con la suya. La casa del señor Martorell era famosa en todo el distrito; los humildes campesinos hablaban de ella con una admiración que mucho tenía de cómica, según los aspavientos y elocuentes símiles con que festonea-

ban la reseña prolija y concienzuda de muebles, tapices, alfombras y pinturas, que encerraba la regia mansión de Don Felipe.

Cuando algún arrendatario «nuevo» se preparaba para visitar por primera vez al rico hacendado, ya fuera para ultimar las gestiones de un contrato, ya para hacer efectivo un pagaré, porque Don Felipe también prestaba dinero, aunque con réditos modestísimos (dicho sea en su honor y para descargo de nuestras conciencias), todos los amigos del arrendatario ó dendor rodeaban á éste para hacerle un sin número de observaciones, que el buen hombre acaso no entendía ú olvidaba, pero que, en realidad de verdad, eran hechas con nobles fines y hasta, quizá, con excelente prudencia. «Al llegar á la casa, no llames con la voz; toca el timbre que está junto á la reja del portal. » «An tes de entrar, cuida de limpiarte bien las alpargatas con alguna piedra de la calle. Podrías manchar de barro las escaleras de mári mol ó las alfombras». «Quitate la gorra enseguida que entres, como hacen todas las personas bien educadas.» «Al señor Martorell no le des la mano, si antes él no te alarga la

suya, que, de lo contrario, pasarías por un hombre confianzudo y poco correcto». «No te sientes cuando estés en presencia del amo, hasta que éste no te lo indique». «Debes hablarle siempre diciendo antes: «el señor Martorell esto, ó el señor Martorell lo otro». «Procura no hablar nunca mientras hable el amo, que las interrupciones no son propias de los hombres decentes». . . .

Con todo este fárrago de advertencias en la cabeza, no muy bien ordenada, por cierto, que no hay casa con órden cuando está invadida por fastidiosos forasteros, el pobre payés se vestía desde muy temprano con la ropilla dominguera, después de martizarse cara y manos con brutales estrujones y fuertes zambullidas en el agua, y ya vestido, ya aviado de indumentaria, tostaba, cuidando mucho de no ensuciarse los puños de la chaqueta, el salado arenque en las brasas del hogar, disponía una formible «llesca» de pan moreno, manía arenque y pan con bastante aceite de oliva, y muerde de aquí, pellizca de allá, se paseaba dando grandes zancadas, para esperar la hora de la visita, que casi siempre era entre nueve y diez de la mañana.

La hora señalada tardaba en llegar y el buen hombre sentía que su paciencia, no muy grande, se le iba acabando por momentos. La camisa almidonada le molestaba horriblemente, produciéndole una picazón que iba en aumento según la impaciencia se manifestaba con íntimas rebeldías y coraginas que no encontraban con qué desahogarse. Algunas veces, pagaba los platos rotos la inocente esposa ó los pobres chiquillos, que, sin comerlo ni beberlo, aparecían, por capricho de la loca impotencia, como únicos responsables del malestar que sentía el emperejilado padre.

Que la mujer no sabía planchar debidamente las camisas; que los chiquillos eran unos tales y cuales, porque alborotaban toda la casa con sus canciones unos y con sus berridos otros; que el hombre casado resultaba ser, al fin y á la postre, un mártir digno de la canonización; que por aquí, que por allá, que vuelta, que torna, el pobre payés se desahogaba como Dios le permitía, y no pupudiendo hacer trizas de su dominguero y

molesto vestido, porque vestidos nuevos sólo pueden comprarse tres en la vida, contentábase con dar á cada uno de sus hijos dos ótres cachetinas, gritar gordo á su mujer y enjugarse el sudor que á canalones bajaba por su curtido rostro.

Sonaban, al fin, las nueve campanadas an siosamente esperadas, y el ya aburrido pale to salfa á la calle, dando un respingo de satisfacción, después de haber cambiado por caricias y palabras dulces, los pescozones y gritos de antes á sus chavales y á su paciente mujer.

Va en la calle, mirábase el traje por última vez, hallándolo no muy de su gusto; saludaba sonriendo á los amigotes que encontraba al paso, y dirigíase, después de dar algunas vueltas por delante de su casa y de las vecinas, para orientar mejor sus pensamientos, hacia la Plaza, al «palacio» (este nombre se le daba en Villera) del señor Martorell.

Llegaba, y al pronto sentía algo así como un asomo de encogimiento; pero después de asegurarse á sí mismo que «no se lo iban á comer» y que «todos los hombres tienen lengua para hablar y hablando se entiende la gente»,—observación muy atinada si se descuenta á los mudos,—entraba valientemento en el portalón del palacio, dispuesto á no dejar quietos los pies hasta verse frente al rico Don Felipe.

La casa de este señor tenía mejor «corazón» que fachada, pues ésta era relativamen te pobre. En cambio, el interior rebosaba lujo y riqueza. El payés subía la hermosa escalera de mármol, pisando de puntillas los blancos y relucientes peldaños, pues aunque no se olvidó, al entrar, de restregarse las alpargatas contra el suelo, con el fin de no manchar de barro la inmaculada blancura de la escalera, no estaba por demás aquel prudente exceso de precauciones. En cada rellano de la escalera (eran tres los rellanos), encontraba una estuatilla, también de mármol, con tanto primor cinceladas, que el buen hombre pensaba en si estarían hechas á molde, lo cual no se comprendía, puesto que el mármol es muy duro y, por lo tanto, difícil de moldear. Estos pensamientos se embrollaban en su pobre cabeza, y con ésta hecha un lío, llegaba á lo

alto, tocaba el timbre que indicado le habían sus amigos y esperaba, sintiendo que los latidos de su corazón iban muy aprisa y pegando duro. Al poco rato, salía á recibirle una vieja de gesto huraño, una forastera, que sin despegar los labios ni dar tiempo para que él los despegara, le conducía por largos corredores llenos de cuadros con marco dorado y largos cortinajes oscuros. El humilde visitante se asombraba de que sus pisadas no sonasen y, entonces, mirábase los pies y arqueaba en seguida las cejas, ya en el colmo de su asombro, al ver la fina y roja alfombra que se extendía á lo largo de aquellos lujosos é intrincados corredores, cuyo fin no podía el pobre sospechar. Y el fin venía luego, ante unos cortinajes más grandes que los vistos hasta allí, y por entre aquellos cortinajes, metíase la vieja criada, desapareciendo como por encanto. El payés titubeaba un instante, pero le decidía á entrar por entre aquellos ricos lienzos la voz de la vieja, que lo llamaba desde adentro con no muy amables modos. Pasados los cortinajes, encontrábase en un salón, donde el lujo era tanto, que de allí parecía salir, imvadiendo toda la casa, como

manantial que reparte su chorro de naciente agua entre varios y retorcidos regatos.

En las paredes, tapizadas de fino papel color rosa, aparecían dos grandes cuadros al óleo, con anchos marcos dorados y sostenis dos al aire por gruesas cadenas, doradas también. Los muebles eran igualmente ricos, aunque algo antiguos. Había dos consolas, lo mismo que los marcos de los cuadros, vestidas de autífero revoque, con grandes espejos de luna veneciana y artísticos pebeteros con flores artificiales. La sillería era vieja por su estilo y joven por su riqueza. Estaba tapizada de seda rosa con dibujos blancos. En un ángulo del salón, llamado «saleta» por los señores Martorell, veíase un piano, encima del cual y sobre las sillas próximas á él, estaban grandes rimeros de papeles de música. Pendía del techo una gran araña de cristal, donde mil prismas revueltos en complicadísimos dibujos, recibían los pálidos rayos del sol, con gran algarabía de colores. Diseminados con elegante descuido, veíanse una mampara con dibujos japoneses, marquesinas y bajos taburetes, y en los ángulos, artísticas rinconeras repletas de mil y mil

miniaturas y chucherías de porcelana. Todo ello, colocado con buen estilo, ofrecía un
bello y riquísimo conjunto que, en Villera,
bien podía tenerse por un palacio encantado. Encantado encontrábase el humilde
campesino que por primera vez en su vida
veíase entre maravillas tantas, y así, cuan
do la vieja criada venía á decirle que el amo
le esperaba en su despacho, casi sentía separarse de todo aquel fárrago de riqueza á
que no estaban acostumbrados sus pobres
ojos.

Pasaba al despaçho de Don Felipe, donde el lujo era menos y más severo: muebles de nogal macizo, sobresaliendo un hermoso armario-biblioteca y una ancha mesa de ministro con tapete de paño negro. Ya frente á Don Felipe, el buen labrador esperaba á que aquél le teudiera la mano, cosa que no se hacía esperar mucho, pues dicho sea en bien del señor Martorell, éste era cortés y amable, lo mismo con los poderosos que con los humildes.

De lo que hablaban señor y siervo, poco hay que decir que merezca el calificativo de «notable». Se entendían con pocas palabras, y éstas eran de Don Felipe, pues el otro tenía bastante con mover la cabeza en señal de aseutimiento. Terminada la visita, que duraba muy poco, salía el honradote y campechano payés contento y feliz, deseando encontrarse cuanto antes en su casa, para librarse de la molestísima presión de su traje dominguero y contar á su mujer las «peripecias» que ocurrido le habían en su visita al más rico de los villerenses.

Así era respetado y querido Don Felipe Martorrell, aquel señor que, aun teniendo fama de serio y de valiente, huía de la filípica de Don Pablo Huguet, como huye el ratón de las listas uñas del gato.

Poco tiempo hacía que Don Felipe encon trábase en la sala, cuando toda la casa se estremeció por un fuerte y prolongado campanillazo, entrando, al poco tiempo, toda la parte femenil de la familia Martorell, más el simpático Perico Ramonclá, que venía de la iglesia acompañado de las mujeres.

Doña Consuelo, esposa de Don Felipe, entró sofocadísima y abanicándose con desusada fuerza. Pilar y Mundeta, las dos únicas hijas de aquel feliz matrimonio, porque bue-

no es decir que Don Felipe y Doña Consuelo habían sido siempre muy felices en su vida de cónyugues, reían estrepitosament.². Perico, que también entró riéndose, púsose serio tan pronto como vió á Don Felipe.

-Esto no lo aguanto yo, - dijo Doña Consuelo con despecho y á tiempo que se quitaba la mantilla; -tú, Felipe, te las tienes que ver conmigo.

- Cálmate, mamá, no hay para tanto; siguió Pilar sin dejar de reír á carcajada limpia.

-Pero si no es nada, --añadió Mundeta, ya sin risa.

-Fué una broma mía, - advirtió Perico; --sólo una broma.

Don Felipe comenzaba á impacientarse.

—¿Qué sucede?—preguntó, mirando á todos como solicitando de cualquiera una pronta explicación de aquellas risas y sofoquinas.—¿Qué les pasa á estas niñas? ¿Porqué ríen?....;Qué ocurre?

—Ocurre,—dijo Doña Consuelo, sentándose en el sofá y junto á su marido,—que Perico me ha contado lo que intentas hacer con su padre, y eso no puedo yo consentirlo. ¿Comprendes? Don Felipe quedóse perplejo. Sin duda respetaba mucho á su esposa y no quería contradecirla delante de gente extraña. Pilar y Múndeta, después de despojarse de las mantillas y dejar sobre el piano los devocionarios y demás abributos religiosos, sentáronse muy cerca de sus padres. Quedóse en pie Perico Ramonclá, quien, deseoso de aclarar todos los puntos que podían parecer oscuros á Don Felipe, habló francamente, sin enojosos rodeos, dispuesto á jugarse el todo por el todo.

Conociendo el carácter bondadoso y complaciente de Doña Consuelo, no había vacilado en acudir á ella para solicitar protección.

Su padre estaba desesperado. Si Don Felipe seguía dicidido á cobrar á todo trance los diez mil duros que se le debían, la ruina de la familia Ramonclá era completa. La hacienda de la Viñada pasaría al poder del señor Martorell, y ellos, los pobres Ramonclá, veríanse obligados á pedir limosna, ó poco menos. Don Felipe era bueno y compasivo; que esperase un par de año más; acaso las cosechas serían excelentes y se po-

dría pagar, si no toda la deuda, una buena parte de ella. ¡Qué demontre! Don Felipe era muy rico y no necesitaba de aquel dinero. El amor al prójimo es la divisa de los grandes corazones. Así lo creía él, y así, también, lo creía Doña Consuelo, con cuyo apoyo contó siempre. Con que... ¿se arreglaba el asunto? Se arreglaría, ¡vaya si se arreglaría! Con sólo ver la cara de Don Felipe en aquellos momentos, había bastante para comprender que el excelente señor estaba dispuesto á transigir, y él no se equivocaba nunca; sabía leer en los ojos y escrudriñar hasta el corazón, De suerte que el asunto estaba arreglado. ¿No era cierto?

Perico Ramonclá hablaba fácilmente y con seguridad. Su voz era cariñosa, sin desmerecerse con la adulación. La súplica de Perico no se arrastraba; era una súplica digua en su sencillez, honrada, justa.

Don Felipe comenzaba á rendirse, y comprendiéndolo así Doña Consuelo, buenísima señora, que todo lo arreglaba á gritos, dijo, tan pronto como Perico acabó de hablar:

-Todo lo que Perico dice está muy puesto en razón, y no puede discutirse. Aho-

ra, me toca á mi mandar. ¿Entiendes, Felipe? Y mando que complazcas á Perico en lo que te pide. Si no lo haces así, nos veremos las caras. ¿Entiendes, Felipe?

—Si entiendo, mujer, — murmuró Don Felipe, bajando la cabeza resignado.

Esta vez le tocó á Pilarica entrar en suerte.

—Mira, papá, — dijo, acariciando una mano del viejo; — esto que te pide Perico es un favor que no se le niega á nadie. Tú siempre has sido muy bueno y ahora también lo serás. Te lo pido yo, tu hijita Pilar, que tanto te quiere.

Mundeta no quiso ser menos que su hermana y también suplicó á Don Felípe:

- Vamos, papá; no te hagas rogar tauto; dile que sí á Perico.

—Bien, muy bien, —dijo Don Felipe, muy mal humorado; — así se trabaja, amigo Periquito; buscando la ayuda de las mujeres. ¡Buena maña te das para moverte entre faldas!

Una voz ronca, iracunda, terrible, que salió de invisible boca, hizo estremecer á todos los presentes.

-Esto de que no se entiende más que con mujeres, - gritó la misteriosa voz, - sólo lo dice quien tiene por corazón una moneda é ignora que también hay hombres que saben sentir y ser justos.

Contra lo que era de esperar, no apareció como por encanto ningún gnomo de puntiagudo gorro y feísimo rostro; pero si abrióse la puerta del despacho para dar paso á Don Pablo Huguet y Sagristá, el ilustre médico de Villera, que entró en la sala haciendo mil visajes á fuerza de chupar una rebelde «tagarnina» y bizcando los ojos con el fin prudentísimo de que no se encontraran con los de Don Felipe.

Pilar tomó la delantera.

—¡Si es el señor Huguet! —exclamó, haciendo no pocos aspavientos, como manifestación elocuente de un asombro muy bien fingido. ¡El gran Galeno! ¡Válgame Dios! ¡V creíamos nosotros que se trataba del «Comen dador Don Gonzalo»! Siéntese usted aqui, á mi lado, Pablito, y dígame todas esas esas cosas que usted sabe y que hacen danzar mi corazón, como si padeciera de epilepsía.

Pilar era una mujercita deliciosa, una ni-

fia encantadora; siempre risueña, siempre feliz, que alegraba aquella casa con su risa ingénua y argentina. Corría por la larga y pesada carretera de la vida, entre los diez y ocho y veinte afios, y era hermosa, aunque no con una hermosura perfecta. En su carita de gloria, se adminaraban las facciones anifiadas y la hechicera sonrisa de la mujer que juega todavía á las muñecas.

Era pequeñita de cuerpo y delgaducha, pero muy graciosa, y sus movimientos tenían el actractivo irresistible de la desenvoltura y jugueteo con que se manifiesta la infantil coquetería. En sus ojos azules, de un azul fuerte, oscuro, habia más malicia que belleza. Eran unos ojos pequeñuelos y muy vivos, que filtraban la mirada muy adentro de otros ojos que en ellos se fijaran. Un pelo castaño y abullonado, pelo adorable que convidaba á revolver en él las manos deseosas de un fino tacto, era el mejor adorno de aquella cabeza, donde los ojos brillaban como pequeños puntos azulados, la nariz era también pequeña y algo chatilla, las orejas, dos monadas de orejas, y la boca, un hociquito chiquitín, nido de mil

delicias. En suma: un conjunto hermoso, no obstante las parciales imperfecciones.

Don Pablo sentóse al lado de Pilar muy á gusto suyo. Era Don Pablo un conquistador tronado y creía que de allí, de aquella mujer alocadita, que parecía burlarse del amor, sacaría partido grande.

Doña Consuelo, ya repuesta de su arrechucho y segura de su victoria, dijo á Don Pablo, que se encontraba en sus glorias teniendo tan cerca de sí á Pilar:

—Usted nos ayudará á convencer á Feli pe, y si ni con la ayuda de usted podemos convencerle, entonces.... Déjalo de mi cuenta, Perico. ¡Ya sabrá mi marido cómo la gasto yo!

—Sé perfectamente cómo las gastas,— dijo Don Felipe, sonriendo maliciosamente,— y desde luego me declaro vencido. Con tal de que no tome cartas en el asunto ese matasanos de Don Pablo, estoy conforme con tos do.

 Me tiene miedo, → murmuró el médico, acercando sus labios al oído de Pilar.

- Pues aproveche usted ese miedo para pedirle mi mano, --contestó aquélla con burla. Perico creyóse en el deber de dar las gracias á todos.

CEPAS Y OLIVOS.

—Amigo Don Felipe, — dijo, — agradezco en el alma el favor que acaba de dispensarme y del mismo modo se lo agradecerán mis padres y mis hermanos. Casi es excusado decirle que tendrá usted en mí un servidor desinteresado y ausioso de servirle en toda ocasión y siempre con mil amores. A usted, mi querida Doña Conruelo, le digo lo mis mo. Don Pablo sabe ya á qué atenerse, respecto á mi cariño y gratitud hacia él, y en cuanto á Pilar y á Mundeta, sólo deseo que me tenga por el más humilde, pero también por el más afecto de sus servidores y amigos.

—¡Muy bien!—gritó Pilar, palmoteando alegremente.— Así hablan las personas decentes y bien educadas.

—No vale la pena, — dijo Doña Consuelo, estrechando afectuosamente la mano que le tendía Perico; — esto y mucho más hacemos nosotros por los verdrderos amigos.

— Gracias, mil gracias, —contestó Ramonclá, en realidad conmovido. — Ojalá piense lo mismo mi señor Don Felipe y me acepte por amigo suyo.

El Sr. Martorell estrechó la mano del joven, diciendo no de muy buena gana:

-Por amigo mío te tengo y amigo soy de mis amigos. No creo necesario decir más.

—Con esto basta, → afirmó Perico, dirigiéndose en seguida hacia Don Pablo.

Este le abrió los brazos, diciendo:

-Así conmigo. Ya sabes como soy y lo que te quiero.

Perico correspondió el abrazo del médico, murmurando algunas palabras de gratitud, é inmediatamente, volvióse hacia Pilar y Mundeta.

- —Para ustedes, cuanto soy y cuanto puedo, que si no es mucho, algo lo avaloran un cariño firme y una sinceridad á toda prueba.
 - -Aceptado, -dijo Mundeta.
- —Su mejor amiga soy yo,— añadió Pilar. Cambiados los últimos saludos, Perico salió de la sala, dejando á sus cinco amigos, más ó menos sinceros unos que otros, que comentaran á sus anchas la conducta y los méritos del que acabamos de ser tan pródigamente favorecido.

. Ya en la calle, Perico se dirigió á su casa, que estaba bastante apartada de la villa. Si guió calle abajo, hasta llegar muy cerca del arrabal. Allí torció á la izquierda, bajando á un torrente, para volver á subir por una estrecha vereda que, entre riscos y peñascos, culebreaba por el lado opuesto. Cuando estuvo en lo alto, paróse un momento para contemplar el paísaje. Perico vió que, bajo sus piés, en el fondo de la formidable cuenca, corría el riachnelo que antes pasara, el cual se distinguía en muchos de sus escarceos caprichosos entre los altozanos y raigo nes de ambas riberas. Por lo alto del monte de enfrente, extendíase la larga calle de Villera, con sus casas blancas é irregulares, cuyos tejados inclinaban sus aleros hasta tapar los últimos ventanucos. De las casas no se veía más que la parte trasera, con sus corredores con antepechos de fábrica y pilastrones de madera carcomida, llenos de ropa puesta al sol, y sus huertos en pronunciado declive, rematados por pitas y chumberas. Hacia el Norte, estaba la casa de los señores Martorell, defendida por altas tapias, destacándose sobre ellas los árboles del jardín y la verde cabellera de los rosales trepadores que las asaltaban. Por el Sur, veíase la iglesia en lo alto del Calvario, desde donde bajaba la rampa de los cipreses hasta el verde y esplédido valle del arrabal, con sus mil huertos bordeados de gigantescos álamos. Las campanas de la iglesia y las del convento de las Hijas, tocaban el «Ave María».

Perico siguió su camino por un sendero abierto entre viñas y olivares. Caminaba sin prisa, con la cabeza baja y las manos metidas en los bolsillos del pantalón, como hombre que, esclavo de una idea fija en su mente, olvídase de cuanto le rodea para pensar sólo en lo que le domina el pensamiento.

Era Perico Ramonclá un joven de mediana estatura, más bien bajo que alto, de complexión débil y rostro enfermiz). Lo único bello de toda su persona eran los ojos, unos ojos grandes y muy negros, que parecían decir cuanto pensaba el alma y sentía el corazón. Perico llevaba el rostro perfectamente afeitado y vestía con elegante descuido un fino traje de americana. Media hora llevaba de camino el desengañado artista cuando llegó á su casa, una Ma sía grande y ruinosa, perdida entre un bosque de almendros. Al entrar por el ancho portalón, corrieron desatinados todo un ejército de polluelos, que, alrededor de la ma gestuosa «lloca», picoteaban por el suelo, buscando algún extraviado grano de trigo.

Perico subió al comedor. Sentados á la mesa, esperaban su padre, sus hermonos Ba silio, Lola y Félix, y los «masobers» de la casa, Antón y Francisca. La madre de Perico estaba junto al hogar, dando la última vuelta al arroz de todos les domingos.

→¿Has ido á ver al señor Martorell? → preguntó á Perico el jefe de la familia Ramonclá.

—Sí, —contestó aquél, ocupando su puesto en la mesa.—He conseguido que nos dé otro plazo de dos años.

Todos los presentes se movieron-como impulsados por un resorte. Hubo una invasión de preguntas, atropellamente formuladas, y al poco rato, Perico y Lola se abrazaban, Juan Ramonclá sonreía, su esposa lloraba, revolviendo con un cucharón el

arroz, desatinadamente. Basilio estrechaba las diestras de Antón y Francisca, y Felix, subido en una silla, gritaba con entusiasmo:

-¡Viva el salvador de nuestra casa! ¡Vi va Perico!

IV.

El apellido Ramonclá era antiquísimo en Villera. Los que en tiempos de Perico lo llevaban, ni siquiera tenían derecho á usar de él. La familia Ramonclá debía llamarse la familia Rosich, pues era éste su verdadero apellido. Diez pares de abuelos atrás, los Ramonclá existían; pero algún par de esos abuelos debió tener sucesión femenina, y el apellido Ramonclá dejó libre el puesto al Rosich, que no pudo gozar nunca por completo de sus derechos. La Masía ocupada por los actuales Rosich, fué siempre la Masía de los Ramonclá, y Ramonclá se llamaron los Rosich, por tirano antojo de la endiosada costumbre.

En los pueblos de Cataluña, todas las casas tienen su nombre; nomenclatura primitiva que, en los pueblos, no deja de ser tan útil y husta, quizá, más fiel que la de los números.

Llegar á un pueblo y preguntar por la casa de Serra, de Lluch, de Segura, de Jordá, es lo bastante. No hace falta saber nombres de calles ni números de casas; cualquier vecino indica al forastero la casa que éste busca. Cuando Perico, desde América ó desde París, escribía á sus padres, la dirección puesta en los sobres de sus cartas era sencillísima. Cuatro palabras la componían: «España—Barcelona—Ramonclá—Villera.» Lo mismo que la dirección de los cablegramas para la prensa.

En los pueblos, todos los vecinos son amigos, todos se conocen; la cédula personal de cada uno está apuntada en la memoria de todos los demás. Todo el pueblo sabe que Miguel Sala es casado, carpintero de oficio y tiene treinta y cinco años de edad; que José Burrell es viudo, labrador y lleva de vida ochenta y tres inviernos, igual número de veranos y otros tantos otoños y primave-